

unus bonus. (Sil. del Past. Div. fol. 17).

Pero aun mas tremendo es lo que refiere Aranz. (*Grit. del Purg. lib. 2.*), citando á Bromiardo, dominico, Autor muy grave. Dice que acercándose un sacerdote á una casa caída, oyó una voz muy lamentable; y habiendo preguntado quien era: respondió la voz: *¿Quién eres tú, que me lo preguntas?* Y diciéndole que un sacerdote, repitió la voz en tono de admiracion tres veces: *Sacerdote! Sacerdote! Sacerdote!* ¿Pues de qué es tu admiracion? dijo el vivo. Aqui es donde debemos estremecernos los sacerdotes. Respondió la voz (dice Bromiardo): tanta es la multitud de sacerdotes que caen en el infierno, que creí que ninguno quedaba en la tierra. *Respondit vox: in tanta multitudine ad infernum sacerdotes descendunt, quod credidi quod nullus in terra remansisset.* ¡Tremenda revelacion!

Pero concluiré con otra que nos puede servir en algo de consuelo y de aliento; y es lo que refiere el devotísimo Dionisio Cartujano (*Barc. Serm. 27. §. 3.*) de un Siervo de Dios, que fue llevado en espíritu al purgatorio, y vió en él pocos sacerdotes; y preguntando á su ángel, ¿cuál era la causa? le respondió: que ó no entraban, ó paraban poco en el purgatorio los buenos; pero tambien le dijo, que los demas bajaban al infierno especialmente por el vicio de la lujuria, porque en pena de su ingratitud pocas veces les daba Dios lugar á que hiciesen penitencia verdadera. Y asi exclama san Juan Crisóstomo: *Quis vidit unquam Clericum citò penitentiam agentem?* De donde infiere el santo Barcia (*Compend.*) que en la

gran perfeccion de un estado, ó son muy buenos, ó son muy malos. ¡O venerables señores sacerdotes! seamos zelosísimos, sobre todo de zelar con gran pureza, reverencia, pausa y devocion el altísimo y divinísimo sacrificio del altar, preparándonos con oracion antes y despues, que este es nuestro principal empleo; y de aqui depende ordinariamente el traer bien ó mal gobernada la vida. Solia decir el venerable santo Obispo don José de Barcia: *cuidado, sacerdotes, que nos ha de pesar mucho la casulla en la hora de la cuenta.*

No se dilata mas mi respeto, pues los señores sacerdotes saben muy bien su obligacion, y lo que nos dicen las escrituras, historias, libros devotos y santos padres. Pero puesto á sus pies les suplico rendidamente lean aquel libro de oro (aunque pequeño, grande) que escribió para los sacerdotes y párrocos el mismo señor Obispo, cuyo título es: *Silvos del pastor divino á todos los sacerdotes y padres de almas.* Y tambien lean la reflexion que se ha puesto para los señores curas en el capítulo VI antecedente de este tratado III.

TRATADO IV.

De los daños de las comedias, toros, bailes, juegos, naipes, caza y trages. Y reflexion para confesores y predicadores.

CAPITULO I.

Daños de las comedias, y sus lecciones.

Hay muchas personas que profesan algo de vir-

tud, y frecuencia de sacramentos, y por otra parte suelen ser muy apasionadas á leer comedias, ó asistir á ellas con el pretexto de que lo toman por honesta recreacion, y que no van allí con mala intencion, y otras razones que inventa el amor propio. A las cuales digo, que adviertan que las comedias son una distraccion de espíritu, un seminario de culpas, y una red del demonio para cazar almas, y por esto muy agenas de gente virtuosa. Y aunque los prudentes del mundo (en cualquier estado que sea) lo quieran defender contra los zelosos, diciendo que es cosa indiferente, y que si no hay comedias, irán muchos á emplearse en mayores culpas, &c. Es engaño; pues en la comedia y teatro concibe el lascivo y la deshonesto malos deseos y nuevas fuerzas de pasion, para ir despues á buscar su precipicio, y lo que acaso no imaginaban; porque como ordinariamente andan mezcladas con fantasías y ficciones de amores locos y mundanos, suelen pintarlos con palabras y frases, ó ademanes tan vivos, con trages tan provocativos, y con cara tan halagüeña, que es un embeleso y cebo infernal para caer en el lazo. ¿A cuántos habrán hecho mal casados las comedias? ¿Cuántos, demas del mal ejemplo y escándalo que causan, han perdido sus casas, gastando con esplendidez con quien las representan; siendo quizá mezquinos con un pobre, y crueles con sus criados? ¿Cuántos irán á la comedia por ver lo que en casa no pudieron conseguir? ¿Y cuántas irían á la comedia quizá honestas, y volverían á casa manchadas sus conciencias, por haber visto y ser vistas, y aun galanteadas? En la

comedia se ve trage costoso, y menós honesto y aun provocativo; y de allí suelen muchas salir con infernal envidia, y deseo de imitarlo. Allí la inocente doncella aprende el enamoramiento, oye y ve muchas cosas, y acciones torpes que ignoraba, siendo quizá en ella incentivo para que las cometa. Y esto debieran mucho cautelar los padres. Habrá madre que en casa ande con gran cuidado y sobresalto sobre si la hija se asomó á la ventana, y no hará reflexion ni escrúpulo de llevarla á la comedia, ó pública ó privada, donde hay tan evidentes riesgos. Ni tampoco le hará en disimularla cuando la ve muy enfrascada en leer libros de comedias; antes quizá la incitará á ello, y juntándolo á la familia para que oigan multitud de boberías y ficciones, que cuasi todas contienen, y las oyen con mas atencion y gusto que si fuera un libro de la vida y pasion de Cristo, valiéndose el diablo de aquel medio para llenar sus intereses de malas ó inútiles imaginaciones, con que despues hace interior guerra. Y aunque tal vez quieran bautizarlo con que es comedia de un santo, ú otro asunto devoto; pero suelen atender y percibir mejor los disparates ó equívocos del golondro ó bufon, que á sus virtudes. Habrá á quien se le haga un año una misa de media hora ó menos, y un sermon inaguantable, y quizá durmiéndose en él: y si está en una comedia las horas se le harán instantes, y estará allí sin pestañear ni toser, y con una atencion tan grande, que parece está en eso toda su felicidad, y aun se le hace que ha durado muy poco tiempo, y siente que se acabe; y esto es cierto, que no es porque allí están en

altísima contemplacion. Y hay ocasiones, por el sitio en que les coge, que se estan abrasando de calor, ó con otra grave incomodidad, y por todo pasan con gran gusto; y acaso no cumplirán menor penitencia y trabajo en satisfacciou de sus pecados. Las comedias, asi su representacion, como leccion, hacen por lo mas comun á los hombres y mugeres mas mundanos que cristianos. Y por último, lo que no me podrán negar es, que en las comedias á lo menos se gasta inútilmente el tiempo, que es muy precioso, y el dinero, que hace falta á las obligaciones de la familia. Muchas veces sabe Dios como anda la casa, pues suelen estar los amos allá en la comedia ajustándose á las leyes vanas del mundo, y los criados y criadas quizá en casa quebrantando la ley santísima de Dios. Punto es este que deben cautelar con gran vigilancia, y de que han de dar estrechísima cuenta. Algunas personas quieren defender y abonar las comedias, y aun en parte decir que es virtud, porque les han movido alguna vez á verter lágrimas, pero son lágrimas de comedia. Es el caso, que suelen pintar ó mirar vivamente en ellas un lance lastimoso, una desdicha, una muerte, un naufragio, ó semejantes tragedias, y tal vez algun acto devoto de la vida de un santo, y causa un efecto natural de compasion. Pero verá que presto pasa á otro lance en que se pinta un galanteo, un adulterio, ó cosa semejante, con equívocos, acciones y ademanes correspondientes, y bufonadas al mismo asunto; y las tales lágrimas paran en risa, y algo mas. Y si no, véanse cuantas conversiones ó mutaciones de vida, y aprovechamien-

to espiritual, se han visto de resultas de las dichas lágrimas. Otros defienden las comedias, y las abonan generalmente, ostentándose compasivos de los hospitales y otras obras pias, á quienes en los pueblos grandes se aplica parte del ingreso; y tambien dicen se mantiene mucha gente en su empleo, y asi claman que se malogra tan buena obra, &c. A que respondo, que de esa caridad ó compasion que algunos ostentan no disputo (aunque temo que no sea en muchos como la que mostraba Judas con los pobres); pero dado que sea el fin esa caridad, si el fundamento ó raiz es dañada, ó tan peligrosa como se experimenta, ¿quién duda que quizá para Dios no sea lo mas acepto? A estos tales se les puede decir lo que san Pablo dice: *Laudo vos*: Os alabo la caridad; pero no en el medio que tomáis: *In hoc non laudo*. Demas, que si esta caridad les hace tanta fuerza para defender y patrocinar las comedias (aunque no es sino paliar su pasion), les pregunto, que si cuando pagan la entrada ó aposento (que suele ser á veces buena porcion, y mas si hay alguna nueva inventiva), ¿se acuerdan de ofrecerlo como que ha de servir para tan santo fin y limosna? A esto responderá la experiencia, y es, que habrá hombre que vaya con tal pasion á coger lugar, que si ve alli cerca un pobre llagado pidiendo limosna, no se moverá á darle un ochavo, y aun quizá le atropellará porque le impide la entrada. Todas estas son experiencias claras de los mas malos efectos que causan ó traen las comedias. Y finalmente (mirándolo á otro viso de mayor entidad), crean todos, no á los prudentes del mundo, sino á san Agus-

tin, que en sus confesiones llora y se lamenta, diciendo: *que la causa de su desdicha, en haberse dejado arrastrar de la pasion de la lascivia, fue porque en las representaciones del teatro, veia como en espejo, y aprendia las torpezas.* Y sobre todo, crea cada uno el efecto que causan en su conciencia.

Y en esto de las comedias y representaciones se habla tambien para los lugares, cualesquiera que sean, donde suelen hacerlas con menos cautela, y con mas disolucion, y entrando en ellas hombres y mugeres, en esto poco prácticos, lo cual tiene gravísimos inconvenientes en ensayos &c., como se sabe por la experiencia. Y asi, los padres de familia y de república darán cuenta á Dios de tales daños de conciencia si, (pudiendo y debiendo evitarlo) no lo remedian. Y no menos deben estorbar, antes sí con mayor rigor y zelo totalmente desterrar y desarraigar los señores curas (que es á quien toca) las representaciones que en muchos lugares ha introducido el demonio en las iglesias las noches de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, bautizándolo con que es Auto al Nacimiento; pero lo que sucede es, que muchos que entran en tales farsas cometen tales insolencias, indecencias, y aun sacrilegios (dignísimos de ser castigados por un santo Tribunal, é indignísimos de oirse, verse, ni expresarse, de que yo pudiera decir mucho, y ello es bien público), que no sé como hay párrocos que pasen por tales cosas. ¡Cuántas veces han hecho que sirvan á esto las vestiduras sacerdotales. ¡Cuántas acciones tan inmundas se han cometido, cual si fuera en una

caballeriza, en tales funciones, á que van no á venerar á Cristo recién nacido, sino á crucificarle de nuevo, como dice San Pablo. ¡Qué de irreverencias al Santísimo Sacramento allí inmediato á su Magestad! ¡Y cuántas veces se eligen las iglesias y capillas del sagrario por abrigadas para los ensayos, representando al vivo las comilonas de los pastores! ¡O venerables señores curas! Terrible cargo os amenaza, y se os hará, de no zelar vuestra iglesia y casa de Dios. No será excusa el uso ó costumbre, pues estando tan adulterada se le debe cortar la cabeza. Y si por vosotros no podeis (*que sí pueden muchos, mas suelen hacerse cómplices*), acudid á los señores obispos, que pondrán eficaz remedio, como yo sé de algunos que lo han hecho, desarraigando totalmente esta pestilencia, y no solo en noches de Natividad, pero en otros días y fiestas, en que con estos ó semejantes empleos muchos bárbaros profanan los sagrados templos, y aun los confesonarios y púlpitos.

Siendo pues este un empleo tan ageno de gente virtuosa, y que frecuentan los sacramentos, como es claro, deben huir de su vista, como el diablo de la cruz. Lo mismo digo de quien se deleita con notable afan en tales lecciones, y de otros asuntos ridículos y perjudiciales ó inútiles, de que hay muchísimo impreso, y se vende mejor que los misterios de la misa, ó interrogatorio para confesar, pues muchos suelen atropellar con un triste rosario ú otras devociones; y si se ceban en leer una comedia ó novela, ni se acordarán de cenar, ni de dormir. Y en esto se ve el encanto y embeleso de tales empleos, en que se gasta el

tiempo que Dios nos concede para negociar la salvacion. Y otros con varios pretextos se emplean con demasía en aprender relaciones de tales comedias y cánticos, en que suelen elegir lo peor, pintando aquellas facciones y ademanes de una ninfa, vistiéndose de afectos en la representacion, muy ajenos de la honestidad y de su estado de perfeccion, como pudiera un farsante, y gastando en esto mucho tiempo, desvelo y calor natural, suele faltar para leer un libro devoto y para la oracion. Todo lo cual cede en perjuicio del interior, y es, que como una leccion es tan contraria á la otra, hace amarga á la que es santa y piadosa; con que mal habituados vienen á quedar sus corazones áridos y secos, y sin jugo de devocion. ¿Cómo quieren librarse de muchas tentaciones, sueños torpes, ó á lo menos de malas ó inútiles imaginaciones, en la misa ó en un rato de recogimiento, si de propósito se emplean en lo que precisamente les ha de acusar? Aun plegue á Dios que andando con un poquito de cuidado y retiro se consiga; ¿pues qué será poniéndose en las ocasiones de intento? ¿Qué conexion tiene quizá confesar y comulgar por la mañana con mucha devocion y trage modesto, y á la tarde salir con gran profanidad, y aun en compañía, á la comedia? Y así examinen sus conciencias, y vean si en esto han tenido demasiado exceso ó pasion, y por eso incurriendo en algo de que se puedan acusar, ó deben corregirse. Y sobre todo, firmemente darles de mano en visitas y lecciones, desterrando de casa tales libros y papeles, para hacer á Dios un grande obsequio.

Y si me dijeren ó replicaren que en qué se ha de divertir y ocupar el tiempo, responderé con San Gerónimo: *Habebis pro solatio sanctos libros.* Ocupate algunos ratos en leer devotos y santos libros, y otras lecciones ó historias indiferentes y honestas. Y pues esto habla principalmente con las cortes y ciudades, donde hay las tales comedias permanentes, no me podrás negar que en tales lugares hay muchos templos, donde el que quiere hallará cuasi todos los dias el Santísimo patente, con música que le excite á levantar el corazon á Dios. En otros hay lecciones y pláticas espirituales, oracion mental y otros santos ejercicios. Hay hospitales, donde puedes ir á ejercitar la caridad los dias festivos. Y en todos estos lugares hallarás muchos y muchas á quien imitar, porque lo practican, á los cuales pagará Dios, aunque de presente, con mucho consuelo interior, en premio de aquella privacion, que por su amor abrazan, como ellos lo confesarán. Y tambien hay otra variedad de diversiones honestas, en que (con el parecer del prudente y virtuoso confesor) te puedes emplear para dilatar el ánimo, sin los malos resabios que dejan las tales comedias. Finalmente, á todas las razones que se pueden alegar, se responde que si se ha de atender á la ley de la carne y mundo, y al apetito humano, todos creo concederán que las comedias son una como felicidad natural, y un embeleso de los sentidos. Pero si se atiende á la ley del espíritu, y según los graves daños de conciencia y distraccion que con razon traen, nadie puede dudar que son muy perjudiciales al aprovechamiento espiri-

tual y á la salvacion. Y asi la caridad y zelo de que la logren mis prójimos, me ha obligado á poner aqui este poco de doctrina (valga lo que valiere), pues asi á lo menos justificaremos en algo la causa de Dios.

Para que mejor entiendas lo que mi deseo de tu bien te previene, y se abomina en las comedias. Oye al venerable santo Obispo Barcia, que dice en el Serm. 42. §. 4. *Que si el argumento de la comedia es honesto ó indiferente, y en la representacion no hay acciones ó palabras ilicitas ó deshonestas ó nocivas, es licito el componerla, representarla, y asistir á ella, guardando las circunstancias de personas, lugar y tiempo, como dice Santo Tomas, 2. 2. q. 168. art. 1. et 3.* Mira tú ahora, examina y considera (no en una tertulia ó conversacion de políticos mundanos, sino allá á tus solas delante de un crucifijo, y como si estuvieses ya en el artículo de la muerte) si las que hay en estos tiempos, y ves y oyes ó lees, traen esta seguridad; y si causan en tí ó en otras personas los referidos daños, y conforme á esta regla, aplícate, y aplica á otros la doctrina.

CAPITULO II.

De la diversion gentilica de corridas de toros.

En este capítulo voy á tratar ó hablar, aunque en breve, de un asunto, en que temo he de tener pocos patronos á mi favor. Es de los daños temporales y espirituales que se originan de la diversion gentilica de corridas de to-

ros. Y antes que me explique mas, hemos de suponer que dice el Espíritu Santo, que es infinito el número de los necios: *Stultorum infinitus est numerus*; y esto se verifica en los españoles, pues en llegando á este punto de toros, serán muy pocos los que no lo sean, arrastrándose de esta desenfadada pasion, que es empleo de gentiles, y no libre de muchas culpas, de que deben hacer escrúpulo y exámen para la confesion.

Oyendo esto me preguntará alguno: ¿pues qué es pecado? Respondo con distincion: hay ver correr los toros: hay fomentar y ser causa de que haya toros, y hay torearlos, poniéndose en ese riesgo y temeridad, ó á pie ó á caballo. Pues digo ahora: lo primero, que no te daré por pecado el que vayas á ver las corridas de toros, asi como no peca el que habiendo en la calle ó en una plaza una pendencia, en que muchos se yeran ó matan, se asoma á verlo, sin mas que aquella curiosidad; pero lo acertado es no ir á verlos.

Digo lo segundo, que los que los fomentan, ó son motores y causa de que haya toros, por consiguiente son tambien mucha parte de causa, y aun culpa de los excesos tan notorios que en tales funciones se cometen: como son, gastos superfluos en vestidos, comilonas, refrescos, convites de otros lugares, alquileres de balcones, y otras pérdidas y vanidades, empeiñándose muchos para esto, y gastando lo que no tienen por no ser menos que otros. Síguense á lo dicho muchas riñas, inquietudes, quejas, enojos, y aun odios que resultan. Y sobre todo, las insolencias y torpezas en

tablados y plazas estando mezclados hombres y mugeres, y parece que entonces hay una licencia general para hablar palabras torpes, sin que sea estorbo, ni el que el marido esté presente, ni los padres ó parientes de la doncella, á que se llega el que entonces innumerables mugeres procuran echar el resto en el adorno, que suele ser bien provocativo; y como vienen tantos de esos lugares, se ceban en tales objetos consintiendo infinitos pensamientos torpes, que quizá paran despues en obras. Todo esto y mucho mas que suele haber, lo lloran y lamentan las personas virtuosas y temerosas de Dios, y no lo ignoran los que fomentan el que haya toros, y los que no lo impiden, pudiendo y debiendo.

Pregunto ahora: siendo esto tan patente y verdadero, ¿habrá en quien es la causa algun pecado de escándalo? Respondan los doctos y timoratos, pues yo no me quiero ahora juzgar capaz de resolver este punto; pero tampoco quiero aprobarlo por lícito: dirán que no intentan esos males, sino que se divierta el pueblo. Pero si ello es tan notorio, que se han de seguir siempre mas ó menos, ¿cómo quieren negarse á la luz?

Otro acaso dirá que de resultas de tales fiestas participan los hospitales, las ánimas, las ermitas y cofradías &c., y que si no hay toros, no quieren contribuir con dádivas á las parroquias, y así que se malogra tanta caridad. A que respondo que si por tales medios han de hacer estas buenas obras ó dádivas, mas que nunca las den. Demas, que no lo hacen, ni sienten por esa caridad, sino por el logro de su pasion. Y adviertan que no

es pequeño ardid del diablo para que perseveren esas temerarias diversiones con las culpas que se siguen, el introducir esos pretextos piadosos en los ánimos de quien lo fomenta; y así les hace para estas vanidades manirotos, siendo crueles para hacer una corta limosna á un pobre.

Otros juzgan que hacen un grande obsequio al Santo, y aun al Santísimo, en celebrar sus fiestas con corridas de toros; y aun suele llegar á tanto la ceguedad de muchos, que dicen que el año que no los hay, suceden desgracias, que es señal de que la Virgen Santísima ó el Santo ó Santísimo se dan por agraviados, y que gustan que los haya. ¿Será creíble tal alucinamiento en quien tiene luz de fe? Pues esto es verdad, que se oye muchas veces.

Oigan ahora, no á mí, sino á Santo Tomas de Villanueva en este punto (*Serm. 3. de Baptist.*). ¿Quién podrá tolerar, dice y exclama el Santo, la bestial y diabólica costumbre de correr toros? ¿Qué cosa mas bestial, como provocar á un bruto feroz, de que resulta maltratar ó quitar la vida á alguno? ¡O cruel espectáculo! ¿No es gran crueldad que un cristiano vea que una bestia de repente despedaza á su hermano espiritual, y que le quita la vida del cuerpo y del alma (pues los tales mueren en pecado), y que de ver esto reciban gusto? Con gran solicitud San Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio y San Gerónimo desterraron de los cristianos estos bárbaros y gentílicos espectáculos. ¿Pues cómo solo en España se conserva esta barbaridad de los gentiles, con gran detrimento de las almas? Y luego dice:

Omnes, qui hoc agitis, vel consentitis, vel non prohibetis, cum possitis, non solum mortaliter peccatis, sed estis homicidæ. Todos los que cooperáis á esto, ó lo consentis, ó no lo prohibis, pudiendo, no solo pecáis mortalmente, pero sois homicidas y dareis de esto estrecha cuenta en el tribunal Divino. Luego añade el Santo: *His profanis ludis putant celebrare festivitatem, et non celebrant, sed prophanant.* Con estos entretenimientos juzgan celebrar la fiesta, y es falso, porque con ellos la profanan. Hasta aquí el Santo. Vean ahora los que son de contrario dictámen, si pueden contrastar al de un Santo Tomas de Villanueva, y otros Santos Padres y Doctores.

Digo lo tercero, que cualquiera que se pone á torear, ó á pie, ó á caballo, con los toros ya hechos y bravos, comete una accion temeraria y bárbara, mas propia de un bruto que de un racional, y mas cuando no hay motivo que vanidad y pasion de ser alabado por hombre de garbo y de valor. Esto no alcanzo por donde se pueda con honestar, ni excusar de que es ponerse á peligro próximo de muerte. Y me fundo en lo que dice el Espíritu Santo: *Qui amat periculum, in illo peribit.* Que quien voluntariamente se pone en el peligro, perecerá en él.

A esto puede ser que algunos repliquen que eso se entenderá en el que no es diestro. *A que respondo:* que bien notorias son las innumerables desgracias de tantos diestros toreros, que han dado fin á su vida en los cuernos del toro, despues de haber toreado en muchas plazas y ciudades con grande aplauso de los mundanos: con

que el no perecer en tales lances con peligro tan evidente, es cosa accidental. Y para que mas se convenzan y desengañen esos, que tan presumidos dicen que van asegurados en que el toro no les ha de matar, les pregunto, cuando van allí ¿han hecho concierto con el toro de que aquello ha de ser no mas de un juguete para entretenerse, y no para destriparlos, como á muchos diestros, que quizá llevaban esa misma ó mayor seguridad? ¿Qué responden á esto? Díganme mas: si no llevan este peligro, para qué se confiesan antes, como me dicen algunos? ¿Cómo se compone esta confesion, con irse á poner en este riesgo próximo de perder la vida? ¿Es acaso ir á entrar en una batalla para defender la Religion, el Reino ó la patria? Yo no acabo de entender este alucinamiento.

Dirán otros, que toman ese oficio para ganar de comer. *A que digo,* que si el oficio es con peligro de pecar, como es este, pues se expone á riesgo de muerte, debe dejarle, y tomar otro. Demas, que es engaño decir que por eso buscan de comer, pues son muy de tarde en tarde esas funciones.

Dirá quizá el otro caballero, que lo hace ó lo ha hecho para ascender y ganar la gracia de los Príncipes, ó para divertir á los pueblos y ciudades. *A que respondo,* que vaya á que le saquen del infierno esos que ahora vanamente le aplauden de semejantes temeridades, si en ellas muere en pecado mortal. Oigan este caso al intento, que sucedió en Madrid, de que fuí testigo.

Iba yo á acompañar á un Padre Capuchino,

de autoridad y virtud, á casa de un Grande de la Corte. Hallábase en la visita un caballero muy preciado de torero. Dijo el Príncipe al Capuchino: *Padre Rmo. el señor Don Fulano ha toreado á caballo diez y nueve veces delante del Rey, alabando su habilidad y lisonjéandole.* Respondió el Padre con modestia y seriedad, y dijo al caballero: *Guarde usted esos diez y nueve actos para la hora de la muerte.* Quedó confuso el caballero, y le dijo: *Pues, Padre, ¿es pecado?* A que le respondió: *Conforme en el fuero que usted me lo pregunte.* Y el pobre entonces templó los humos de su vanidad, y quedó pensativo y macilento.

Finalmente, á todo cuanto quisieren alegar dice, que si hallaren opiniones á medida de su paladar y pasión, allá se compongan con su conciencia; pero no los arriendo ni envidia la ganancia, y no se olviden de lo que dice Santo Tomas de Villanueva. Yo ahora no resuelvo en pro ni en contra, sino que lo remito al dictámen de los timoratos y doctos; y sobre todo al juicio de Dios, y solo he referido estas razones y verdades para el desengaño.

Las personas virtuosas en tales dias, ó no van, ó se retiran á los templos á desenojar al Señor, que tan ofendido es en esas funciones. En algunas iglesias está entonces patente el Santísimo Sacramento. Otros acuden aquellas tardes á las escuelas de Cristo, donde las hay: y todo esto es prueba de lo perjudiciales que son tales diversiones. Es verdad que son pocas las personas que esto hacen, en comparacion de los millares que

van á los toros; pero esto confirma lo que dijimos al principio, que dice el Espíritu Santo: esto es, que es infinito el número de los necios. Hazlo tú así, ó alma piadosa, zelando la honra de tu Dios, te dará el premio en esta vida y en la otra.

Los sacerdotes y religiosos se supone que así lo hacen ó deben hacer con mas razon por la perfeccion de su estado, y por no dar escándalo á los seglares.

CAPITULO III.

Daños de los bailes y juegos perjudiciales.

Gravísimos inconvenientes y daños de conciencia traen á las almas los bailes profanos y diversiones provocativas, de que abunda tanto la córte, con la ayuda de los extrangeros, á que no desayudan los mismos españoles, hombres y mugeres; y de aqui se difunde como peste ó langosta á otras ciudades y pueblos que los imitan, como se ve por la experiencia, con gran ganancia de los demonios. Y para que, si ser puede, los desterremos de muchas personas que profesan virtud y frecuencia de Sacramentas, ó los preservemos de tal contagio, diremos algo contra este infernal empleo é inventiva diabólica; y cuando no se consiga, á lo menos justificaremos en algo la causa de Dios. Oigan lo primero al dulcísimo San Francisco de Sales en su admirable libro de la *Vida Devota* (que ojalá tuvieran y leyeran todos los seglares), donde dice: *Los bailes, las danzas, y semejantes juntas tenebrosas atraen ordinariamente los vicios y pecados*